

# El otro Puente de Ajuda



EN cualquier otro punto de la Unión Europea, lo normal hubiera sido que las banderas de los respectivos países presidieran el acto de inauguración del nuevo puente, tras casi 300 años destruido por culpa de una guerra también europea. Pero en el nuevo Puente de Ajuda flamearon solo las banderas de Elvas y Olivenza, flanqueando la de la Unión. Tampoco hubo representantes de ninguno de los dos gobiernos en la ceremonia: sólo concejales a un lado y vereadores a otro. En la tribuna estuvo Rodríguez Ibarra, sí. Pero no como presidente de la Comunidad Autónoma de Extremadura, sino en calidad de reciente hijo adoptivo de Olivenza. En los discursos de los munícipes no faltaron las palabras solemnes, las invocaciones voluntaristas a la Cooperación, la Fraternidad y el Futuro —representado por los niños que cortaron la cinta—. Pero la verdad es que 'algo' en el ambiente desdecía aquellos votos, un disimulo compartido o un viejo tabú. Rodríguez Ibarra aludió a él cuando dijo que en algunos casos «el silencio del político era prudencia». Y a continuación, ante la incompreensión de los estupefactos elvenses, nos regaló con un repaso a sus vivencias oliventinas, en un discurso localista y afectivo que no encajaba, desde luego, con la ceremonia de

inauguración de un puente —¿lo digo...?— internacional.

Lo que no dijo por prudencia política Rodríguez Ibarra planeó sin embargo —y nunca mejor dicho— sobre las cabezas de todos los reunidos antes de comenzar el acto. Fue una avioneta con una pancarta desplegada en su cola en la que podía leerse: HUMBERTO DELGADO. ¡Audacia digna del secuestrador del 'Santa María', del general sin miedo fundador en 1938 de la sociedad matriz de los Amigos de Olivença! Los gritos aislados de sus prosélitos durante la ceremonia apenas fueron audibles. A los medios de comunicación allí presentes no dejaron de recordarles en un panfleto que «*Olivença é território português ilegalmente ocupado pela Espanha*». Y a todos los asistentes, una soflama fotocopiada con invocaciones al héroe de Aljubarrota que terminaba de esta guisa: «*¡Viva Olivença livre!*».

Y es que los pilares del Nuevo Puente de Ajuda —dejemos reposar al General en su gloria— asientan sobre el lecho firme y rocoso del Guadiana, pero más aún si cabe sobre un resbaladizo equívoco: el de suponer que, en efecto, Olivenza es territorio jurídicamente portugués, razón por la cual no existe en la zona una frontera internacional. España ha dado pábulo a ese mito al permitir en dos ocasiones que la frontera oliventina, claramente delimitada

por el Artículo III del Tratado de Badajoz de 1801, no fuese incluida en las actas de la Comisión Mixta de Límites encargada de demarcar la frontera luso-española. Aunque nos causa un ligero rubor tener que recordarla, la diferencia entre delimitación y demarcación resulta esencial. Los gobiernos, a través de sus ministros de exteriores o plenipotenciarios, fijan políticamente sobre el papel por medio de tratados los límites nacionales. Posteriormente, Comisiones Mixtas de carácter técnico fijan sobre el terreno los límites convenidos. Para ello se sirven de mojones o marcos cuando la raya es seca o, como es nuestro caso, de los cursos fluviales, levantando a la postre las respectivas actas.

Portugal, esgrimiendo el Artículo 105 del Congreso de Viena, ha negado a España en 1864 y 1926 la satisfacción de aceptar sin reserva alguna la demarcación de una frontera cuya delimitación ratificó en 1801. El Congreso de Viena estableció un compromiso de mediación política multilateral para que España devolviese Olivenza a Portugal, pero no anuló, ni virtual ni positivamente, el Tratado de Badajoz de 1801. Para entendernos: Olivenza figura inscrita a favor de España en el Registro de la Propiedad. Otra cosa es que, por orgullo, Portugal no haya querido reconocerlo negándose a firmar el acta del deslinde.

La construcción del nuevo Puente de Ajuda hubiera sido una oportunidad para poner fin a la ficción jurídica de una Olivenza española sólo de hecho y portuguesa de derecho. Pero en vez de acabar con ella, ha servido justamente para todo lo contrario, para reforzar el equívoco y perpetuar la ambigüedad. Quien se acerca al nuevo puente por la margen izquierda encuentra un cartel que avisa 'PORTUGAL. 1 Km.'. Pero quien se acerca por la margen derecha no encuentra ningún cartel semejante con el nombre de ESPAÑA. El Ministerio dos Negócios Estrangeiros vetó la participación de nuestro país en la obra para no lesionar los «presuntos derechos» de Portugal sobre el territorio oliventino.

Con la misma fuerza ha vetado también la presencia de cualquier símbolo o autoridad nacional en el acto de inauguración del nuevo puente – financiado al 80% con fondos comunitarios y, por tanto, también españoles-. Las contradicciones son obvias. Se trata de meros gestos ante la galería para evitar una posible penalización electoral en asunto de gran sensibilidad. España, por su parte, segura de sus derechos, se aviene a mirar distraídamente hacia otro lado, renunciando desde luego a reafirmar en la Europa sin fronteras del presente las fronteras heredadas del pasado. La solución pactada ha sido imaginativa y nos permite una

salida diplomáticamente airosa: asumir íntegramente la reconstrucción del puente viejo, vaciando así de contenido el posible triunfo irredentista.

Esta enrevesada madeja de paradojas y complicidades constituye la historia secreta de las negociaciones que han desembocado en la construcción del nuevo puente. Tan insoluble era políticamente el problema que no hubo más remedio que rodearlo. Por eso el pasado día 11, sobre el tablero del nuevo puente, no se juntaron portugueses y españoles cabales sino, tal como ordenaba el protocolo, tan sólo elvenses y oliventinos. Los alcaldes de Elvas y Olivenza escenificaron para la ocasión una bienintencionada como ficticia fraternidad. Lo cierto es que en la construcción del nuevo puente se han sacrificado gustosamente los principios ideales (la identidad nacional española de los oliventinos) en aras de los beneficios reales. ¿Fue eso lo que, por prudencia, calló nuestro presidente y paisano en su intervención?

Nos deja el pasado 11 de noviembre la enorme satisfacción de ver finalmente un largo sueño hecho realidad. Pero también el regusto agríndice de un triunfo a medias, inauguración vergonzante, de tapadillo, ausentes la enseña y el himno nacional. Sonó el de la Alegría, pero sin convicción, retórico. Alegría por un futuro recién estrenado que nubla la sombra del pasado, la importuna memoria del Héroe, el consabido estribillo (*Olivença é nossa...*) al que en su fuero interno oponen los oliventinos un castizo y pragmático: ¡Ahí me las den todas...!

Esperemos que algún día, más pronto que tarde, el silencio necesario, prudente y políticamente correcto de los gobernantes pueda dar paso al necesario diálogo, franco y sin tapujos, de los intelectuales. Ese fue el aliento con el que se pidió la restauración del simbólico puente en los Encuentros de Ajuda: el del diálogo desde el respeto mutuo a la plena condición española de los oliventinos. La convocatoria de un Congreso Internacional sobre Godoy y el Tratado de Badajoz en el próximo 2001 –coincidiendo con el 150 aniversario de su muerte y el bicentenario de la Guerra de las Naranjas– representa una oportunidad preciosa para que portugueses y españoles aborden de una vez por todas la cuestión de Olivenza. No sólo a ingenieros y topógrafos compete la obligación de proyectar puentes y abrir caminos: historiadores y juristas tienen también la obligación de demostrar la utilidad de las llamadas Ciencias Sociales. Aunque para ello tengan que meter la mano en cenizas humeantes. Mientras esa cuestión esté pendiente de resolver, el otro puente de Ajuda –el de la verdadera amistad y el pleno entendimiento luso-español– seguirá pendiente de reconstruir.

Luis Alfonso Limpo Píriz es  
cronista oficial de Olivenza.  
Promotor de los Encuentros de  
Ajuda